REPERTORIO TEATRAL.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS.

Antes que te cases



Precio 4 reales.

MADRID.

LIBRERIA DE CUESTA, CALLE MAYOR.

15

OBRAS PUBLICADAS.

- LA ALEGRIA DE LA CASA.
- CASTOR Y POLUX.
- ALUMBRA A ESTE CABALLERO.
- A ULTIMA HORA.
- EL SARGENTO FEDERICO.
- PIENSA MAL Y.... ERRARAS.
- ANTES QUE TE CASES....

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: *librería de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.	*Murcia.*	Mateos.
Alcoy.	V. de Martí é hijos	*Motril.*	Ballesteros.
Algeciras.	Almenara.	*Manzanares.*	Acevedo.
Alicante.	Ibarra.	*Mondoñedo.*	Delgado.
Almería.	Alvarez.	*Orense.*	Robles.
Aranjuez.	Sainz.	*Oviedo.*	Palacio.
Avila.	Rico.	*Osuna.*	Montero.
Badajoz.	Orduña.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Barcelona.	Viuda de Mayol.	*Palma.*	Gelabert.
Bilbao.	Astuy.	*Pamplona.*	Barrena.
Búrgos.	Hervias.	*Palma del Rio.*	Gamero.
Cáceres.	Valiente.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Cádiz.	V. de Moraleda.	*Puerto de Santa María.*	Valderrama.
Castrourdiales.	García de la Puente.	*Puerto-Rico.*	Marquez.
Córdoba.	Lozano.	*Reus.*	Prins.
Cuenca.	Mariana.	*Ronda.*	Gutierrez.
Castellon.	Lara.	*Sanlúcar.*	Esper.
Ciudad-Real.	Arellano.	*S. Fernando.*	Meneses.
Coruña.	García Alvarez.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Cartagena.	Muñoz García.	*Santander.*	Laparte.
Chiclana.	Sanchez.	*Santiago.*	Sanchez y Rua.
Ecija.	García.	*Soria.*	Rioja.
Figueras.	Conte Lacoste.	*Segovia.*	Alonso.
Gerona.	Dorca.	*S. Sebastian.*	Garralda.
Gijon.	Ezcurdia.	*Sevilla.*	Alvarez y Comp
Granada.	Zamora.	*Salamanca.*	Huebra.
Guadalajara.	Oñana.	*Segorbe.*	Clavel.
Habana.	Charlain y Fernz.	*Tarragona.*	Aymat.
Hara.	Quintana.	*Toro.*	Tejedor.
Huelva.	Osorno.	*Toledo.*	Hernandez.
Huesca.	Guillen.	*Teruel.*	Castillo.
Jaen.	Hidalgo.	*Tuy.*	Martz. de la Cruz
Jerez.	Bueno.	*Talavera.*	Castro.
Leon.	Viuda de Miñon.	*Valencia.*	M. Garin.
Lérida.	Rixact.	*Valladolid.*	Hernaiz.
Lugo.	Pujol y Masia.	*Vitoria.*	Galindo.
Lorca.	Delgado.	*Villanueva y Geltrú.*	Pers y Ricart.
Logroño.	Verdejo.	*Zamora.*	Calamita.
Loja.	Cano.	*Zaragoza.*	Pintor.
Málaga.	Casilari.		
Mataró.	Abadal.		

ANTES QUE TE CASES....

COMEDIA EN UN ACTO,

EN PROSA, ESCRITA EN FRANCES

POR MR. MERY.

TRADUCIDA Y ACOMODADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

por

D. Cayetano Rosell.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia de de 1856.



MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS

CALLE DEL TURCO, NÚMERO 11.

1856.

PERSONAS.	ACTORES.
LAURA DE MONTEGON.	Sra. Doña Teodora Lamadrid.
EL CONDE DE BELLAMAR.	Sr. D. Julian Romea.
LUCIA. } *Criados.*	Sra. Doña Cristina Osorio.
VICENTE. } *Criados.*	Sr. D. Fernando Osorio.

La accion pasa en una casa de campo en las inmediaciones de Sevilla.

La traduccion de esta comedia ha sido hecha con la autorizacion y acuerdo de su autor, segun lo que dispone el artículo 4.º del convenio sobre propiedad literaria celebrado entre España y Francia. En su consecuencia esta obra pertenece esclusivamente á los editores del REPERTORIO TEATRAL *que perseguirán ante la ley al que publique ó ponga en escena cualquiera otra traduccion de la misma; así como al que reimprima la presente, varie el título, ó la represente sin su consentimiento, bien en algun teatro del reino, bien en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones, ó bajo cualquiera otra forma en que se exija ó satisfaga contribucion pecuniaria, con arreglo á lo prevenido en la ley de propiedad literaria y demas disposiciones vigentes sobre el propio objeto.*

ACTO ÚNICO.

Entrada de un jardin.—Una verja en último término.—Á derecha é izquierda dos pabellones; el de la derecha con puerta á la escena; delante del de la izquierda un cenador.—Un velador y sillas á cada uno de los dos lados: sobre el de la izquierda hay un jarron con flores, algunos libros y un periódico.

ESCENA PRIMERA.

VICENTE, LUCIA.

Al levantarse el telon se ve á Lucía, que deja sobre el velador de la derecha una bandeja con dos tazas de té, y el servicio correspondiente. Vicente entra por el fondo.

VICENTE. (*Haciendo una caricia á Lucía.*) Que tenga mi mujer muy buenos dias.

LUCIA. Ola, Vicente... Cómo has pasado la noche?

VICENTE. Sin tí, ya ves... Y tú, hija mia?

LUCIA. Yo?... Leyendo he estado una novela á la señora, hasta las dos de la noche que nos quedamos dormidas.

VICENTE. Pues el amo no necesita de esos narcóticos para hacer sueño. Con que yo empiece á hablarle, se queda como un lirón.

LUCIA. Pero, hombre, mira que son un matrimonio bastante raro. Los dos jóvenes; los dos ricos; hace poco que se han casado; se han establecido en esta hermosísima posesion, cerca de Sevilla; viven juntos y enamorados todo el dia, y en llegando la noche se separan como si estuviesen divorciados.... No lo entiendo.

674737

VICENTE. (*Con misterio.*) Vamos á ver, Lucía. ¿Sabes tú lo que es un secreto?

LUCIA. (*Con prontitud.*) Toma! Una cosa que se dice á todo el mundo.

VICENTE. Pues entonces ya no te lo digo.

LUCIA. Bueno: diré á todo el mundo que tienes un secreto... empezaré diciéndoselo á la señora... Y á propósito; ya creo que se ha levantado; ahora me llamará... (*Yendo hácia el pabellón de la izquierda.*)

VICENTE. (*Deteniéndola.*) Como llegues á hablar palabra...

LUCIA. Pues habla tú... Mira, Vicente, saber yo que hay un secreto, y no tratar de averiguarlo... es imposible.

VICENTE. De veras?... Bien: no digas que yo te pido imposibles... Escucha: si tú sabes cumplir con tus deberes como yo con los mios, no dirás á nadie... ¡cuidado!... no digas á nadie que el conde de Bellamar, mi amo, y madama Laura de Montegon, tu señora, no están casados.

LUCIA. No están casados? Qué dices?

VICENTE. Lo que oyes. Anoche lo supe.

LUCIA. Y cómo?

VICENTE. Como se sabe todo, por casualidad... leyendo una carta que me encontré abierta.

LUCIA. Ah!... Pero eso es muy mal hecho... Vicente, eso es muy feo. Leer una carta. Jesus!

VICENTE. Es que yo no queria leerla... Pero hay cartas tan provocativas, que se le ponen á uno delante de los ojos... Y luego como están abiertas...

LUCIA. En fin, ya está hecho; qué remedio?... Y de quién era la carta?

VICENTE. De madama Laura.

LUCIA. Para quién?

VICENTE. Para el señor conde.

LUCIA. Y la firmaba?...

VICENTE. Laura, viuda de Montegon.

LUCIA. ¿Muy atrasada?

VICENTE. Sí; de ayer, 24 de Mayo de 1855.

LUCIA. Pues señor, eso es muy feo, Vicente... En fin, ya está hecho, qué remedio?...

VICENTE. Qué remedio?

LUCIA. Dí, y ¿recuerdas alguna espresion?...

VICENTE. Algunas... tenia tan pocas...

LUCIA. ¿De modo que podrás decírmelas... si no hay inconveniente?

VICENTE. Y aunque lo haya... Mira, se reducia á esto, que sin querer, se me quedó muy presente: «Señor mio: »Veinte y cuatro horas le doy á usted para que averigüe »una falta en que ha incurrido hoy, mientras estábamos »viendo la carrera de caballos.—Su futura, Laura, viuda »de Montegon.»

LUCIA. ¿Y estás seguro de que era la letra de mi señora?

VICENTE. Toma!... y seguro de que no están casados.

LUCIA. Bien; y nosotros, ¿qué perdemos en eso?

VICENTE. Al contrario: ganamos mucho.

LUCIA. Mucho?

VICENTE. Pues ¿no ves que nosotros sabemos su secreto, y ellos no saben el nuestro? Les llevamos esta ventaja... la que llevan siempre los criados.

LUCIA. Cuidado no lleguen á conocer que nosotros estamos casados!

VICENTE. Ah! Eso se oculta fácilmente: con no regañar nunca delante de ellos...

LUCIA. Eso es! aprobado! *(Pasa á la izquierda.)*

VICENTE. *(Cogiéndola de bracero y paseándose con ella hácia la derecha.)* Vaya, mujer: á ver qué me das ahora en cambio del secreto que te he descubierto.

LUCIA. *(Reflexionando.)* Yo no sé...

VICENTE. Piénsalo bien.

LUCIA. *(Lo mismo.)* Ya estoy pensando; pero...

VICENTE. *(Parándose.)* Lucia, eres una ingrata; tú ocultas un secreto á tu marido. Pero no me importa: si tú tienes dos ojos, yo tengo cuatro.

LUCIA. Y ¿qué has visto con tus cuatro ojos?

VICENTE. He visto... mira, Lucia: ayer acompañé á mi amo como todos los dias, en el paseo que da á caballo orillas del rio...

LUCIA. Ya lo sé.

VICENTE. Y así que nos alejamos, entró un hombre ahí, en ese pabellon, *(Señalando al de la derecha)* que es el de la señora, donde nunca pone los pies el conde.

LUCIA. *(Fingiendo sorpresa.)* Sí?

VICENTE. Vaya: no te hagas la chiquita; que á mí no se me escapa nada.

LUCIA. Pero quién ha visto tal cosa?

VICENTE. Yo, con mis propios ojos.

LUCIA. Los tenias puestos en otra parte.

VICENTE. Es que de los cuatro dejé aquí dos.

LUCIA. Pues señor, he hecho lo que he podido... Allá vá. Tienes razon; ayer vino un hombre, mientras el señor conde estaba de paseo. La señora me prohibió decir nada de esta visita al ayuda de cámara Vicente, y lo he cumplido, porque á quien se lo digo es á mi marido.

VICENTE. Eso es: las mujeres deben decírselo todo á sus maridos.

LUCIA. Sobre todo cuando estos están enterados de lo que sus mujeres tratan de ocultarles... Pero dime: y tú, cómo lo has sabido?

VICENTE. Toma! muy sencillamente... Como yo procuro llegar á enseñorearme de mi señor, aprovecho cuantas ocasiones se me ofrecen de hacerme dueño de todos sus secretos. Pues bien: siempre que salimos, estiendo con mucho disimulo una capita de arena muy fina en esa calle á que da el pabellon de la señora; y ayer, á nuestro regreso, advertí que estaban estampadas en la susodicha arena unas pisadas enormes, que no podian pertenecer mas que á los pies de un macho.

LUCIA. Ave María!... Apenas eres astuto!... Pero ¿cómo la señora, que es una francesa criada en Madrid, y por consiguieute muy lista, no ha adivinado lo de la arena?

VICENTE. Lo habias adivinado tú?

LUCIA. Ya; pero yo no soy francesa, ni he recibido la educacion que ella.

VICENTE. Ríete de educaciones... Y lo que es al hombre le habrás tú visto?

LUCIA. ¿Al de las pisadas de macho?

VICENTE. Sí.

LUCIA. Como que le metí con mucho sigilo por la otra puerta del pabellon... pero no le ví mas que de lado.

VICENTE. Y era alto, eh?

LUCIA. Alto.

VICENTE. Y jóven?

LUCIA. No mucho.

VICENTE. Buen mozo?

LUCIA. No... Si tú te vistieras de señor, te parecerias mucho á él.

VICENTE. Pues vea usted por qué hombre sacrifica esa mujer á todo un conde de Bellamar, que es un figurin de París. Ah! mujeres, mujeres!... Te juro, Lucía, que si yo llegase á enviudar alguna vez, no volveria á casarme.

LUCIA. Eh! Cuidadito con esos juramentos!

VICENTE. Silencio! Que viene el amo. Hagamos algo.
LUCIA. Hagamos que hacemos.
VICENTE. Sí, que lo mismo da.
LUCIA. Y cuesta menos trabajo.

ESCENA II.

EL CONDE. (*Leyendo pensativo una carta.*)

Asegura Laura que he incurrido en una falta... pero por mas que procuro recordar todo lo que he hecho... nada, no encuentro nada... he observado una conducta irreprensible... A no ser que... aquella jóven tan bonita y tan rubia, que se bajó del coche... Pero no: ni siquiera dije que era linda, porque siendo rubia, y Laura morena, hubiera sido una torpeza injustificable. Ya se vé: he contraido la obligacion de detestar á todas las rubias! Afortunadamente esta es la tierra de las morenas; pero ninguna puede igualarse á Laura, que así lo hemos pactado en nuestro convenio... Pues, señor, hablamos de varias cosas, pero ninguna debió incomodarla... La referí una de mis aventuras de París... de cuando yo tenia diez y ocho años; mas no cosa de intriga, ni siquiera de amor platónico... Despues se quedó extasiada mirando una florecilla que habia junto á un arroyo; y comprendiendo lo que aquel éxtasis significaba, me anticipé á sus deseos; cogí la flor... y la aceptó con una sonrisa encantadora. Hablamos despues de nuestro amor... asunto que no ha podido apurarse en seis mil años que llevan de amarse hombres y mujeres... y sin embargo dije alguna cosa nueva; lo cual seguramente no ha de haberla disgustado... Ah! se me olvidaba... Laura me hizo un grande elogio de Carlitos, el hermano de su amiga... y yo que soy mas celoso que un turco, hasta el estremo de que si no hubiera celos en el mundo, los hubiera yo inventado, recibí todo aquel panegírico con el mas risueño semblante. Las mujeres hacen alarde de ser celosas, pero no quieren que los hombres demos en tan ridícula manía. La escuché, pues, con la mayor benevolencia: ¿puede hallarse hombre mas delicado?... En fin, no caigo en qué pueda haber sido causa... No, y ella no ha de equivocarse; su

talento ha llegado hasta la suprema esfera de lo infalible... Debe tener razon... Debe ser una cosa... Nada: no doy con ella.

ESCENA III.

EL CONDE, LUCIA, LAURA.

CONDE. Pero aquí viene... (*Va á su encuentro para estrecharla afectuosamente la mano. Laura se muestra triste.*)

LUCIA. (*Adelantándose.*) Señora, ya está aquí el té.

CONDE. (*A Lucia.*) Bien; puedes retirarte.

LUCIA. (*Aparte.*) Quieren hablar en secreto. Pues, señor, no estan casados. (*Se va por el foro. El conde y Laura se sientan junto al velador en que está el té, Laura á la izquierda y el conde á la derecha. Vicente y Lucia se alejan y desaparecen.*)

LAURA. (*Echándose el té.*) Vamos á ver, conde: ¿ha adivinado usted ya cuál fué la falta?

CONDE. No, señora, y he tratado de averiguarlo... pero en cambio he descubierto otra.

LAURA. En usted?

CONDE. No señora.

LAURA. Luego ha sido en mí?

CONDE. Creo, señora, que uso de mi derecho.

LAURA. Y yo tambien: en esto no hacemos mas que observar estrictamente nuestro convenio. Con que ¿cuál es mi falta? diga usted.

CONDE. Advierto á usted, señora, que tengo que ser severo.

LAURA. No importa: yo trataré luego de desquitarme.

CONDE. Pues esta mañana, Laura, se levantó usted triste como un dia de invierno; y estas melancolías matutinas, cuando no hay causa que las esplique, son orígen perpetuo de reyertas entre los esposos, y por todo el dia tienen alterado el sosiego del matrimonio. El marido pregunta á la mujer en qué consiste tristeza tan prematura, y la mujer responde que no hay tal cosa, y se empeña en afirmar melancólicamente que está contenta. Él insiste, y ella no da su brazo á torcer; de lo que resulta que ambos tienen ya motivo para estar tristes, y no se hablan, y se apartan uno de otro, cual si padeciesen enfermedad contagiosa. ¡Qué alegre, por el contrario, suele pasarse

el dia en que amanece uno risueño! La mujer que desde por la mañana se muestra alborozada á su marido, es viva imágen de una aurora de primavera; trae la casa como encantada; le hace á uno verlo todo de color de rosa, y esparce al rededor suyo la calma y la felicidad. Cuando la aurora es serena, el dia promete ser apacible.

Laura. Pues, conde, va usted á admirarse de mi respuesta.

Conde. Sí; con tal que diga usted que no tengo razon.

Laura. *(Ofreciéndole la mano.)* No, señor, todo lo contrario.

Conde. Pues entonces ya no me admiro.

Laura. Con todo, la tristeza de por la mañana suele á veces tener un motivo grave... suele ser consecuencia de lo que ha sucedido el dia antes.

Conde. Ya; ya estoy. Volvemos á mi falta de ayer.

Laura. Con que no la ha adivinado usted?

Conde. Y toda la noche he estado pensando en ello.

Laura. *(Dando un suspiro.)* Dios mio! qué poco valor dan los hombres á las pequeñeces! Ayer tarde, señor conde, me tenia usted encantada, me dirigia usted palabras afectuosísimas; su melodiosa voz resonaba en lo íntimo de mi alma, y me parecian mas fragantes las flores de los campos, mas bello el paisaje que nos rodeaba. Al brillar la primera estrella de la noche, se dejaban oir á lo lejos mil nuevas armonías; con todo, yo nada escuchaba sino lo que usted me decia; porque el acento mas grato es el que sale del corazon. Pero de repente, y cuando mas tierno me estaba usted hablando, interrumpió su conversacion para exclamar con un entusiasmo digno de Linneo: «Oh! qué «árbol tan magnífico! ve usted qué álamo!»... El álamo en efecto era admirable, pero no me pareció ocasion muy oportuna para reparar en aquella maravilla. Se distrajo usted, pues, por un instante (¡qué instante tan largo y tan cruel!); se olvidó usted de mí en aquel momento, y le pareció un árbol mejor que yo... Vea usted si es justo mi resentimiento. Todo lo que despues me dijo usted, ya lo oí sin interés alguno. Mientras duró el paseo, no separé los ojos del álamo fatal; despues no podia apartarle de mi memoria; con él he soñado esta noche: y él ha sido la causa de que me levantase tan triste esta mañana.

Conde. *(Levantándose.)* Eso es otra cosa, señora: habia inventado un crimen en mi amor; perdóneme usted.

Laura. *(Riéndose y poniéndose tambien de pié.)* Pero, conde, usted se olvida de nuestro convenio. ¡Que le perdone á

usted!... No es posible. Estamos experimentando lo que seria nuestro matrimonio; nos hemos obligado á darnos mútuas lecciones, á reprendernos nuestros defectos con toda franqueza, á mostrar cada cual su verdadero carácter en esta especie de noviciado, y por último á casarnos, si los defectos de que adolezcamos no los creyésemos incurables. No es verdad?

Conde. Sí, señora; en esto hemos convenido, y yo estoy tan satisfecho, que lo que únicamente siento es lo largo del noviciado.

Laura. Cómo ha de ser! Mas largo es el matrimonio. Nosotros procedemos al contrario de los demas. ¿Qué hace todo el mundo en nuestro caso? Fingir, disimular, engañarse en una palabra; hacer alarde de las buenas prendas, y ocultar con cuidado los defectos. Y qué sucede? Que se casan, y al cabo de poco tiempo, ya no se conocen marido y mujer: han desaparecido las perfecciones, y solo ven claro los defectos: pasa la luna de miel, y empieza una série interminable de contradicciones y contiendas domésticas. Pues bien: esto nos hemos propuesto evitar nosotros, y á decir verdad, necesitamos mas que nadie de tomar estas precauciones. Usted es español, y yo francesa; y á los defectos propios de nuestros paises, tenemos que añadir los que son comunes á toda la humanidad. Hasta ahora caminamos sin inconveniente, y vamos encontrando muy llana la senda del matrimonio; pero crea usted que estamos aun muy lejos de la perfeccion. No nos apresuremos á profesar; porque vea usted: ayer tropezamos en un árbol hermosísimo; si hubiéramos estado casados, nos hubiera parecido mayor; lo hubiéramos contemplado tan grande como un bosque, y no hubiéramos acertado á salir de él. Esta mañana mandé que le echasen á tierra, y aquí tiene usted la ventaja de nuestro noviciado, y la de experimentarnos ahora que podemos poner remedio. Con que sigamos así, amigo mio.

Conde. Y diga usted: ¿será todavia por mucho tiempo? Porque yo, mañana esperaba salir de penas.

Laura. Sí?... Pues en eso, el hombre propone... y la mujer dispone.

Conde. Paciencia... Y habrá aun algun otro árbol que echar á tierra?

Laura. Van quedando tan pocos...

Conde. Ya se vé: es el terreno tan duro!

LAURA. Pues cuidado no se vayan los pies en él.
CONDE. Ah! usted me daria la mano.
LAURA. Es que hay caidas tan prontas, que nunca llega el auxilio á tiempo.
CONDE. De suerte que usted cree que nos quedan aun muchos defectos en que reparar?
LAURA. Con uno que quede, me parecerá mucho. ¿No sabe usted que acaba de descubrirse un nuevo planeta? (*Coge un periódico del velador de la izquierda.*)
CONDE. Sí, microscópico.
LAURA. Microscópicos hay tambien algunos defectos.
CONDE. Pero esos no se echan de ver.
LAURA. Es que van creciendo, y al cabo de un año, con la simple vista los descubrimos.
CONDE. Yo no espero ya hallar en usted imperfeccion alguna, porque he hecho pedazos mi telescopio.
LAURA. (*Sentándose junto al velador de la izquierda.*) Muy galante me parece usted para astrónomo; pero lo malo es que no puedo devolverle á usted el cumplimiento. Como yo sé ya los riesgos que se corren, me voy con tiento: usted nó: se halla usted en la edad de oro de los solteros; ha visto usted de esta comedia hasta la penúltima jornada: el final no lo conoce usted; pero yo sí, amigo mio. Romeo y Julieta tuvieron la dichosa ocurrencia de morirse; no habian hecho nuestro noviciado; y de esposos crea usted que no hubieran sido lo que de amantes. Muchas veces he tenido la humorada de resucitarlos en mi imaginacion para contemplarlos á la edad de cuarenta años. ¿Qué se habian hecho sus poéticas ilusiones? Oh! hicieron bien en morirse cuando eran todavia amantes!
CONDE. (*Animándose por grados y pasando á la derecha de Laura.*) Señora, veo que esta situacion le parece á usted muy agradable; que la prolonga usted con extraordinaria gracia, y que la prolongaria por espacio de algunos años. Para usted es muy interesante el drama íntimo que estamos representando entre estos dos pabellones; todo en él le divierte á usted mucho, menos el desenlace, que le da miedo. Seis meses llevamos ya en este fatal noviciado; hemos navegado por el golfo del matrimonio, evitando todos sus escollos, apartándonos de los puntos en que podia naufragar nuestra felicidad. Los desvelos que yo he pasado, no puede usted figurárselos: estoy hecho el Tántalo del amor conyugal, y quiero vivir, que no me

parece ambicion muy desmedida; estoy ya cansado de representar esta comedia á la faz del mundo, de comunicar mi pena con las estrellas, y pido por Dios que llegue cuanto antes el desenlace. Con harta resignacion me he prestado á ser cómplice de esta excentricidad, y creo haber ya merecido que se me releve de semejante empeño. Basta de teorías: vamos ya á la práctica, señora, y casémonos.

Laura. Ah! ah! Sabe usted la historia de aquel marino?...

Conde. Yo no sé ya mas historia que la mia.

Laura. De aquel marino, que despues de haber dado la vuelta al mundo con toda felicidad, encalló á la vista de Cádiz, volviendo á España?

Conde. Es decir que tambien ha encallado mi navío.

Laura. Sí, y que trato de salvarle á usted; lo cual no es poca suerte.

Conde. Por Dios, Laura, no acabo de entender...

Laura. (*Levantándose.*) Acaba usted de faltar al artículo undécimo de nuestro tratado, que recuerdo bien, y dice así: *Solo madama Laura de Montegon tendrá facultad de fijar el término del noviciado, sin que en ningun caso pueda el conde de Bellamar proferir la menor queja, ni mostrar impaciencia alguna.* De este artículo se habia usted olvidado completamente.

Conde. Es verdad: confieso mi yerro.

Laura. Admirable confesion en boca de un hombre!

Conde. Y bastará para poner boyante el navío?

Laura. Por lo menos queda muy aligerado de carga.

ESCENA IV.

LAURA, EL CONDE, VICENTE.

(*Vicente presenta una carta al conde en una bandeja de plata.*)

El Conde. (*Con disgusto, dirigiéndose á Vicente.*) Qué es eso?

Vicente. Una carta.

Conde. No será para mí. No espero mas que una de mi madre, que no sabe adónde dirigírmela...

Vicente. La ha traido el criado del señor Guzman, para quien dice que venia suplicada.

CONDE. (*Interrumpiéndole y cogiéndole la carta.*) Está bien.
VICENTE. (*Aparte.*) Quiere decir que está mal. (*Se retira.*)
CONDE. (*A Laura.*) Si usted me permite...
LAURA. (*Con ironía.*) Sí, lea usted la carta de su madre... suplicada... (*Se entra en el pabellon de la derecha.*)

ESCENA V.

EL CONDE, VICENTE.

CONDE. (*Lee la carta, vuelve la cabeza y no viendo á Laura, pasa á la derecha y llama.*) Vicente, Vicente, ven acá!...
VICENTE. Mande V. S.
CONDE. Voy á pagarte el viaje á Madrid, segun lo que tratamos.
VICENTE. Me despide V. S.?
CONDE. No... vas á viajar á mi costa. Esta noche tomarás el billete, y mañana te vás en la diligencia.
VICENTE. Y me quedó en Madrid?
CONDE. Como gustes. Puedes hacer lo que quieras, con tal que no vuelvas á poner los piés donde yo esté. A ver si así escarmientas de entregar cartas suplicadas.
VICENTE. Y Lucia?
CONDE. Sirve bien á la Señora, y se queda con nosotros.
VICENTE. (*Fingiendo sentimiento.*) Pues, señor, yo he cobrado ley á mi amo y no le dejo. No me doy por despedido.
CONDE. Ah! bribon... Con eso piensas engatusarme?
VICENTE. Y si yo tuviera un secreto de importancia....
CONDE. Un secreto?
VICENTE. De que yo solo fuera sabedor...
CONDE. Cuidado, Vicente! Que si abusas de mi buen carácter...
VICENTE. (*Con misterio.*) No, señor: solo atiendo á que puedo prestar un servicio á mi amo. V. S. me ha despedido: corriente; ya no soy su criado; soy un extraño cualquiera; pero antes de marcharme, veo que la casa amenaza ruina, y debo avisárselo á V. S.; y estoy seguro de que si V. S. me oye, no me despedirá, sino que, por el contrario, me dará las gracias.
CONDE. (*Sumamente inquieto.*) Qué dices? Hombre, habla; revélame ese secreto.
VICENTE. Aqui? Es imposible. Cosa de tanta importancia no se declara junto á un pabellon donde se hallan dos mu-

jeres. No seria mala imprudencia! Las paredes oyen, sobre todo si tienen ventanas, y si las ventanas estan cerradas... Venga V. S. conmigo. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

LAURA.

(*Aparece á la puerta del pabellon.*) Toda carta exige contestacion, y el Conde tendrá la suya. Me he propuesto no perdonarle ninguna falta.

ESCENA VII.

LAURA, LUCIA.

LAURA. Ah! Lucia... has de darme esta carta en presencia del Conde... de modo que la vea bien; entiendes?
LUCIA. (*Saliendo del pabellon.*) Sí, señora.
LAURA. Dime, Lucia; qué te parece Vicente, el ayuda de cámara del señor conde?
LUCIA (*Turbada.*) Bueno, señora... muy fiel...
LAURA. Fiel? A quién?
LUCIA. A quién? A su amo... (*Aparte.*) Calla! si sabrá que estamos casados?
LAURA. Pero bien: qué te parece de su carácter?
LUCIA. Señora, yo le hablo poco, y luego soy todavía muy jóven para entender de estas cosas... pero me parece que tiene muy buen carácter.
LAURA. Vamos, y te casarias de buena gana con él?
LUCIA. (*Con cierta sorpresa.*) Con él?
LAURA. Sí, sin hacerte violencia.
LUCIA. Pues la verdad, señora, creo que me casaria con gusto.
LAURA. Vaya: me alegro. Eso corre de mi cuenta... Procuraré que quedes satisfecha... He notado que vives en muy buena armonía con él... y lo mismo le ha parecido al Señor Conde... porque como nunca regañais uno con otro, y esto es tan raro entre criados que no son marido y mujer...
LUCIA. Es verdad, que parecemos un matrimonio.
LAURA. Y así seguireis despues ¿no es cierto?
LUCIA. Despues debe de ser muy fácil. Pues qué ¿regañan los maridos y las mujeres?

LAURA. Algunas veces.
LUCIA. Yá, pero harán las paces al momento; porque estando casados...
LAURA. Justamente. Ea, Lucia, haz lo que te hé dicho, que pronto se cumplirán tus deseos. No te olvides de la carta; y cuando venga el Señor Arriortúa, que entre sin que nadie lè veá, como ayer.
LUCIA. Bien, señora. Voy al jardin, y así que llegue, le traeré aquí. *(Vase, por el lado del pabellon de Laura.)*

ESCENA VIII.

LAURA. *Despues* EL CONDE.

LAURA. *(Coje un libro del velador de la izquierda y se sienta á leer junto al de la derecha.)* Hacer la experiencia del matrimonio... ¿será prudente? Será una insensatez?... Empiezo ya á tener dudas. *(Aparece el Conde por el fondo, pensativo y con los brazos cruzados.* Acaso convendria que la experiencia durase toda la vida... pero y los hombres ¿se resignarian á esto?
CONDE. *(Entrando y aparte.)* Un hombre ha entrado en ese pabellon. Con efecto, Vicente es un criado fiel, y digno de recompensa. Qué pensativa está! El hombre ha nacido sin duda para vivir soltero. *(A Laura.)* ¿Qué está usted leyendo, señora?
LAURA. Una comedia de Calderon.
CONDE. Calderon!... gran poeta!... Inventó el *Médico de su honra*. *(Aparte.)* Este marido sí que supo hacer la experiencia del matrimonio!
LAURA. Qué opinion le merece á usted el *Médico de su honra*, señor conde?
CONDE. Que es una grande obra, señora.
LAURA. Literariamente considerada ¿quién lo duda? Pero ¿y bajo el punto de vista conyugal?
CONDE. Una leccion perdida, como todas las lecciones.
LAURA. Para los maridos, concedo... Doña Mencia estaba inocente.
CONDE. En eso precisamente consiste la leccion. Si Don Gutierre, aun inocente, la mata ¿qué no hubiera hecho siendo criminal?... Culpables ó no, todas las mujeres debieran leer temblando el *Médico de su honra*, y encerrarse entre cuatro paredes, para no tropezar con seductores como Don Enrique.

Laura. Encerrada estaba Mencia. ¿Por qué Don Gutierre la dejó sola?

Conde. Los hombres tienen que cumplir con otras obligaciones: la política, los negocios, los compromisos personales... las mujeres son libres, y debieran estar encerradas bajo tres llaves.

Laura. (*Riéndose.*) Eso es: ya que son libres, á tratarlas como esclavas.

Conde. Sí, señora, y de esta suerte quedarán burlados los seductores.

Laura. Oh! los seductores no son temibles.

Conde. Lo son algunos.

Laura. (*Poniéndose de pié.*) Bendito sea Calderon!... A no ser por él, íbamos á caer en un tremendo desatino.

Conde. En cuál?

Laura. Ibamos á casarnos, sin haber sometido el matrimonio á la prueba de los celos... la prueba mas importante... Paréceme, señor conde, que flaquea usted un tanto por este lado; y si fuera verdad, seria cosa terrible... qué me responde usted?

Conde. Señora, creo no haber dado jamás pretesto...

Laura. Nada de reticencias... ¿Es usted celoso ó nó?

Conde. No, señora.

ESCENA IX.

LAURA, EL CONDE, LUCIA.

Lucia. (*Con una carta en una bandeja.*) Esta carta, señora, qué dice: *Urgente.*

Laura. (*Cogiéndola.*) Bien está.

Lucia. Si no fuera por eso, no me hubiera atrevido á interrumpir á V. S...

Laura. Que está bien, he dicho. (*Hace como que mira el sobre con atencion.*)

Lucia. (*Aparte.*) Vá á descargar la tormenta: pongámonos en salvo. (*Vase.*)

ESCENA X.

LAURA. EL CONDE.

Laura. (*Abriendo la carta.*) Si usted me permite, conde...

(El Conde se inclina, y parece estar muy conmovido.) Ah! Es de mi escribano... tengo que firmar un documento... Que se espere hasta la noche.

CONDE. *(Con ironía.)* Advierta usted señora, que dice *Urgente*!

LAURA. Esta gente siempre está muy de prisa; no quieren dejarnos tiempo para reflexionar. *(Guardando la carta.)* Pero yo me tomo veinte y cuatro horas para cualquiera firma.

CONDE. *(Con agitacion.)* Si conoceré yo la letra de su escribano de usted...

LAURA. Como las de la curia se parecen todas...

CONDE. No importa...

LAURA. No se canse usted; no la conoceria.

CONDE. Entonces, tenia usted razon, señora: naufrago al llegar al puerto.

LAURA. Y no halla usted otro modo de justificarse?

CONDE. Laura, explíquese usted, por Dios....

LAURA. Pues ¿no es usted de dictámen que á los hombres todo se les permite, y á las mujeres les está todo vedado? ¡Qué codigo civil tan ingenioso! Esta mañana recibió usted una carta por carambola, y yo guardé silencio; le creí á usted bajo su palabra. Podia encerrarse en ella algun misterio; pero usted no me dió esplicacion ninguna; no faltaba mas! Para eso es usted hombre, y pertenece á un sexo privilegiado... Pero despues he recibido yo otra carta, y aunque usted ha procurado disimular, bien claro dá á entender que le ha disgustado mucho. Ya se vé: como que yo no debo tener secretos; pues no faltaba mas! Al cabo soy mujer, y ¿quién ha hecho mi sexo privilegiado?... Dígame usted, ¿esto es justo, señor conde? Si la confianza es la condicion primera del matrimonio, ¿qué méritos hace usted para contraerlo?... Y ¿cómo me tratará usted cuando irrevocablemente sea dueño de mi mano?

CONDE. Tiene usted mil razones, señora. Me desespera usted con sus argumentos. Aqui está mi carta: es de mi madre, que me dá una buena noticia. Habian tratado de casarme con una jóven de mi familia; pero afortunadamente se ha deshecho este matrimonio... vea usted, Laura: satisfágase usted por sus propios ojos.

LAURA. *(Rechazando la carta.)* Eso no: con decirlo usted, queda justificado.

Conde. *(Aparte.)* Pero no me enseña la suya!

Laura. Esta discusion ha alterado sus costumbres de usted, y las costumbres son el mejor elemento de la dicha. Se ha olvidado usted del paseo á caballo que suele dar todos los dias.

Conde. (*Volviendo en sí como sobresaltado.*) Del paseo!... Ah! sí; no me acordaba... Pero mañana iré... dá lo mismo.

Laura. No; no: ha de ser hoy.

Conde. (*Aparte y turbado.*) Qué tal! Nada: una cita! *(En voz alta.)* Si usted lo exige, señora...

Laura. Tengo razones para exigirlo.

Conde. *(Aparte.)* No puede hablar mas claro. *(A ella.)* Con que... razones... para...

Laura. Pero ¡qué semblante pone usted! A qué esa extrañeza?... Por haber dejado no há mucho de salir un dia, recuerde usted que al siguiente se le desbocó el caballo...

Conde. Cierto... se me habia olvidado... Dice usted bien... saldré ahora mismo.

Laura. Así me gusta... y para corresponder á esa prueba de docilidad, voy en seguida á mi habitacion, y pensaré formalmente en... nuestro porvenir. Adios, conde: no se olvide usted de mí, y no vaya á enamorarse de los árboles del camino. *(Vase rápidamente por el pabellon de la derecha.)*

ESCENA XI.

EL CONDE, *solo, siguiéndola algun tiempo con la vista.*

Astucia! Perfidia! Hipocresía... Bien han hecho en dar á estos tres vicios el género femenino... Yo casarme con esta mujer! Yo uncirme con ella en perpétuo yugo!... Será menester pensarlo... Bien mirado, ¿la amo ya como antes? ¿Qué he de amarla... si la aborrezco! Pero no basta aborrecerla: es preciso confundirla, hacerla morir de vergüenza y desesperacion... Y ha de ser antes que llegue la noche, á la luz del dia, para ver si su rostro se ruboriza. *(Llamando hácia el jardin.)* Vicente! Vicente!

ESCENA XII.

EL CONDE, VICENTE.

Conde. Están listos los dos caballos?
Vicente. Y yo tambien, señor: sé lo que quiere V. S.
Conde. Has adivinado lo que iba á decirte?
Vicente. Verá V. S.: voy á salir con los dos caballos, y á meter mas ruido que si fueron cuatro.
Conde. Perfectamente. Voy á mejorar tu condicion.
Vicente. Vá V. S. á sacarme algun empleo?
Conde. ¿Para qué quieres tú empleo? Mas independiente eres que yo mismo, porque al fin dependo de una mujer... Vicente, me has hecho un singular servicio y no quiero ser ingrato: aseguraré tu felicidad hoy mismo, pues mañana, sabe Dios lo que ocurrirá. *(Sacando una cartera.)* Toma, toma eso: desde hoy es tuyo. Es tu suerte en billetes de banco.
Vicente. *(Alborozado y tomando la cartera.)* Ah! Señor conde...
Conde. Recíbelo á cuenta de un legado que pienso dejarte en mi testamento.
Vicente. El dinero dicen que no le hace á uno feliz, pero lo cierto es que no hay felicidad sin dinero.
Conde. Malvados seductores!
Vicente. Pícaros!
Conde. Sabes tú lo que es un seductor?
Vicente. Yo, no señor.
Conde. Mejor para tí. Ignóralo siempre.
Vicente. Ps!... Es tan fácil ignorar.
Conde. Y para que seas mas feliz, te doy ese dinero y el legado, con una condicion expresa y muy fácil de cumplir.
Vicente. Cuál, señor, cuál?
Conde. Vas á jurarme solemnemente que permanecerás soltero toda la vida.
Vicente. *(Retrocediendo dos pasos.) (Aparte.)* Ay, Dios mio!
Conde. Qué! No te atreves?...
Vicente. Sino me atrevo?... No me conoce V. S... Le juro no casarme desde hoy, y...
Conde. Sí, ni nunca.
Vicente. *(Aparte.)* Basta con una vez.

CONDE. Pues vete á pasear los caballos.
VICENTE. Un estrépito voy á armar, que ni un escuadron de coraceros. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE, *solo.*

CONDE. Acecharé desde aquí sin que me descubran. (*Se esconde en el cenador.*) Si yo fuera celoso y estuviera enamorado, ¡qué situacion tan horrible la mia! Afortunadamente no soy mas que un hombre que impulsado por su curiosidad, viene á ver quién sea ese desconocido.

ESCENA XIV.

EL CONDE, *oculto.* LUCIA.

LUCIA. (*Abre con precaucion la puerta del pabellon de Laura y mira por todos lados.*) Se han marchado; sí: he oido salir corriendo los caballos... Abriré la puertecita del parque. (*Se dirige hácia este sitio.*)
CONDE. (*Oculto y escuchando.*) Temblando estoy como si sintiese celos... Bonito papel representan las criadas! Nada: se trata de engañar á un amante ó un marido, y al punto se confabulan con sus amas. (*Mirando hácia el parque.*) Calla!... Un hombre!... tiemblo como si estuviera enamorado...

ESCENA XV.

EL CONDE, *oculto.* LUCIA.

LUCIA. (*Presentándose misteriosamente á la puerta del pabellon de Laura.*) La Señora está en la segunda pieza de la izquierda aguardándole á usted.

ESCENA XVI.

EL CONDE, *oculto.* LUCIA.

LUCIA. Nadie lo ha notado... Bien satisfecha puede estar de mí la señora. (*Coge un rastrillo y hace como que tiene un

fusil.) Pongámonos de centinela, pues he sentado plaza al servicio del amor.

CONDE. Esto es ya insufrible! Me ahoga el furor... Yo salgo. (*Sale precipitadamente del cenador; Lucia dá un grito terrible, y echa á correr, dejando caer el rastrillo.*)

ESCENA XVII.

EL CONDE. LAURA.

LAURA. (*Abriendo con prontitud la puerta del pabellon.*) Qué ha sucedido?... Ah! Conde. Ya ha vuelto usted de paseo?

CONDE. Si incomodo, señora, hágase usted cuenta que no he vuelto.

LAURA. Sí, me incomoda usted, y mucho.

CONDE. Al menos es usted franca.

LAURA. Y le disgusta á usted la franqueza?... En verdad, conde, que no acabo de comprenderle á usted, y que su mal me va pareciendo incurable. Me inspira usted muchísimo cuidado.

CONDE. (*Aparte.*) Digo si es resuelta y serena!...

LAURA. Perdone usted, amigo mio; parece que está usted haciendo apartes como en las comedias, y siendo dos como somos, son un tanto impropios los soliloquios.

CONDE. Tengo mis razones, señora, para no valerme del apóstrofe, y sé ademas respetar á las personas á quienes amo.

LAURA. Cuidado! Que cuando en el trato ha llegado á adquirirse confianza, el demasiado respeto tambien es una ofensa.

CONDE. Laura!...

LAURA. Vuelven á asaltarle á usted los recelos?

CONDE. Ojalá no pasasen de recelos!

LAURA. Duda usted de mí?

CONDE. Qué mas quisiera yo que poder dudar!...

LAURA. Ya eso es llevar muy allá la galantería... No se contenta usted con ofenderme, y me insulta.

CONDE. Qué quiere usted? soy tan inconsiderado!...

LAURA. ¿Es posible que usted...

CONDE. Sí, mi yerro consiste en haber visto lo que no debiera.

LAURA. No comprendo...

CONDE. (*Ap.*) Me irrita tanta osadía. (*En voz alta.*) Señora,

usted no estaba sola en ese pabellon... ¿Me comprende usted ahora?

Laura. (*Fingiéndose consternada.*) Ah! Con que...

Conde. (*Con aire de satisfaccion.*) Usted con pérfido artificio procuró alejarme de aquí para quedar en completa seguridad... Y no quiso usted esperar á mañana: tanta prisa la corria, que me hizo salir hoy mismo á paseo. Este empeño fué el que excitó mis sospechas; creia tener derecho á velar por mi felicidad, y ya he salido de incertidumbres. Lo he visto con mis propios ojos: por esa puerta que yo he respetado siempre, ha entrado un hombre de frac negro.

Laura. (*Fingiendo turbacion.*) Pero ¿está usted seguro de que eso no ha sido un sueño?

Conde. (*Con risa forzada.*) Sueño? No Señora. Era un cuerpo demasiado sólido y grande para equivocarlo con una sombra; y luego ha dejado estampados en la arena dos pies tan descomunales...

Laura. ¿Sabe usted, señor conde, cómo se llama ese oficio á que usted se ha puesto?

Conde. Sí; el de aprendiz de casado. Los dos nos hemos reunido con el mismo objeto, y los dos usamos de los derechos que nos hemos concedido. Usted observa que yo me distraigo con un árbol, y yo observo que usted se distrae con un... sueño.

Laura. Y ¿sabe usted lo que de ese oficio puede resultarle?

Conde. Señora, acompañaré á usted á ese pabellon, si me dispensa el honor de aceptar mi brazo. (*Se dirige hácia el pabellon de Laura.*)

Laura. De suerte que despues de conceder usted su estimacion, su confianza y amor á una mujer, á quien juzga merecedora de llevar su nombre, la rebaja usted, la envilece con una sospecha indigna, hasta considerarla como culpable; y su corazon de usted prefiere dar crédito á sus ojos, aunque estos se equivocan á veces, y aquel no se engaña nunca.

Conde. Por Dios, señora; es que las apariencias...

Laura. Razon muy convincente! Las apariencias!... Y usted, señor mio, que está haciendo la experiencia del matrimonio, ¿no ha contado con que en su larga vida de esposo, pudiera alguna vez hallarse con apariencias? Pues tenga usted entendido que para dar crédito á nuestros ojos, es menester irse con mucho tiento... Tambien de dia se ven fantasmas... Y si no, señor conde, ¿por qué

usted, tan respetuoso, tan formal, tan prudente, da al traste con toda su felicidad, ultraja á una mujer y falta á sus deberes de caballero, á la primera sombra que anubla ese sol resplandeciente, que estaba usted contemplando con la ilusion de un niño? Bien se conoce que los españoles han desmerecido mucho de su antigua galantería.

CONDE. Pues bien, señora, haga usted un milagro; pruébeme usted claramente que se han engañado mis ojos, y me tiene usted á sus plantas.

LAURA. (*Con ironía.*) De veras!... Cuidado si es meritoria la fé engendrada por un milagro!... No, señor: lo que no dicta una noble delicadeza... los milagros quédense para Dios: la fé sumisa y ciega, para los hombres.

CONDE. (*Empezando á ceder.*) Ah!... Laura!...

LAURA. Vea usted una exclamacion oportuna... Con un poco mas de credulidad...

CONDE. Oh!... No puede ser engañoso tan dulce acento!... (*Echándose á sus pies.*) De aquí no me levanto si no me perdona usted. Ay, Laura mia!

LAURA. Ea!... Pues levántese usted... y no olvide estas lecciones... para que acabe cuanto antes su noviciado. Ahora entre usted en el pabellon, y tráigame lo que le entregue... el galan del frac negro, el de los pies tan descomunales. (*Vacila el Conde.*) Vamos: prontito.

CONDE. Me lo manda usted?

LAURA. Se lo ruego. (*Entra el Conde en el pabellon de la derecha.*)

ESCENA XVIII.

LAURA, *sola.*

Me cree: me ama; porque la fé es hija del amor.

ESCENA XIX.

VICENTE. LAURA.

(*Vicente se encuentra con Laura, y retrocede.*)

LAURA. Ola! Qué breve ha sido el paseo!

VICENTE. (*Turbado.*) Sí, señora, he dejado al señor conde detrás, pues su caballo tenia tantas ganas de andar, que ha sido menester concederle otro cuarto de hora... Qué animal! (*Viendo entrar al Conde.*) Qué animal!...

ESCENA XX.

VICENTE, LAURA, EL CONDE. *Despues* LUCIA.

CONDE. (*Con un papel en la mano, á Laura.*) He visto que solo pensaba usted en nuestro porvenir... Oh! es usted un ángel; y yo un mónstruo de ingratitud!

LAURA. (*A Vicente que está consternado.*) Vicente, espero que la mentira que acabas de echar sea la última.

VICENTE. (*Confuso.*) Ha sido la primera que he echado... *(Ap.)* hoy.

LAURA. Quedas perdonado... vé y llama á Lucia. (*Al conde.*) Como si nada hubiese pasado: no demos importancia á semejantes bagatelas. ¿Qué le ha parecido á usted el Señor Arriortúa?

CONDE. Un hombre muy apreciable.

LAURA. ¿Le habrá entregado á usted la escritura de adquisicion de esta finca en nombre de usted y mio?

CONDE. Oh! no me avergüence usted... Con que ¿cuándo dejo de ser novicio? Cuándo podré llamarme casado?

LAURA. Desde hoy puede usted considerarse como profeso.

CONDE. Laura adorada!... Soy ya dueño de tu mano?... Háblame así, para que nada le falte á mi felicidad.

LAURA. *(Alargándole la mano.)* Dame la tuya... Y ojalá vivamos siempre como esposos y como amantes!... (*Viendo entrar á Lucia y Vicente.*) A propósito: he hecho á Lucia una promesa.

CONDE. Yo otra á Vicente.

LAURA. Vicente, Lucia quiere ser tu mujer...

VICENTE. Por mi parte... hágase V. S. cuenta de que lo es.

CONDE. (*A Vicente*) Entonces te absuelvo del juramento...

VICENTE. Mil gracias, señor. (*A Lucia. Ap.*) Creo que no está prohibido casarse con la misma mujer dos veces...

LUCIA. *(Ap. á Vicente.)* Dos veces debiera casarse todo el mundo.

VICENTE. (*Ap.*) Pues lo que es á la segunda, no sé quién diria que sí!...

CONDE. Pero si quereis podeis tomaros seis meses para pensarlo.

LAURA. No hay necesidad: es inútil el noviciado: en esta religion, nadie deja de profesar.

CONDE. Es que dice el proverbio: *Antes que te cases...*

LAURA. Y ¿quién confiesa hacerlo sin haberlo mirado bien?

FIN.

CATALOGO

le las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

de la vejez.

odio y amor.
el alma.
ues de la muerte.
ızador.
uieren las cosas.
ıeño.
e los años mil...

herencias.
cuervos.
val y paje.
er y pelucas.
Madrid.

e.
drama heróico.

olux.
y sin razon.
y Guevara.
mpen palabras.
ıs.
con buena suerte.
arientes y amigos.
ıma á su modo.
Capital.
ılo á cuchilladas.
s politicas.
es.

o el Bravo.
do de Cabrera.
s es la fortuna.
os contra un tio.
egundo y Quinto.

l Rey.
la moda.
cachemira.
o Feudal.

una flor.
el!
ısto.
s anda el juego.
do y la tapada.
de camisa.

e las desdichas, ó Don
nes.

El pacto de sangre.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Lóa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El monarca y el Judío.
El bollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Hija y madre.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
La Alegría de la casa.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.

Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.
La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
Locura de amor.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarlú.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Oráculos de Talía.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen
Simpatía y antipatía
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.

Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en 3 minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una muger misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.

Un sí y un no.
Un huésped del otro mund
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabétic
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El calesero y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.
Marina.
El estréno de un artista.
El Marqués de Caravaca.

El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Croschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito (Segunda parte de Don Simon)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
Estebanillo.
La Caceria real.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.

El trompeta del Archiduqu
Moreto.
Loco de amor y en la cort
Los diamentes de la Coron
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el s gro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Pedro y Catalina, ó el G Maestro.
Alumbra á este caballero.
El Sargento Federico.
Piensa mal y... errarás.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 4 cuarto segundo de la izquierda.